

sensorial, vitalista, jocosos, del comportamiento humano, que mucho de este público de Nueva York toma por la principal virtud del espectáculo. La claridad crítica de algunos parlamentos, la reflexión que soterradamente pasa a través de las palabras y de la acción, quedan así un poco de lado en el ámbito de un teatro —el Vivian Beaumont, uno de los muchos con que cuenta el Lincoln Center— realmente espléndido, concebido como un anfiteatro, sin adornos inútiles y muy bien dotado técnicamente.

Inútil decir que la "calidad" de los actores es un factor importante. El nivel medio que en este punto ofrece el teatro de Broadway es siempre deslumbrante. Aunque el criterio que finalmente domine sea, como es lógico, el de Richard Foreman, un personaje del que prefiero hablar por separado en otro comentario. ■ JOSE MONLEON.

Barcelona: La temporada autogestionada

Puntualmente, sin más enemigo insuperable que la lluvia, la Asamblea de Actores y Directores de Barcelona ha ido llevando adelante —sólo un fallo, el de Anna Maleras, y una solución para salvar de la lluvia el recital de Llach y el Ballet Nacional Cubano: el Palacio Nacional— la autogestionada temporada de Teatro Popular. El compromiso era doble, porque si, de un lado, había que ofrecer un repertorio y unos montajes acordes con el carácter político-cultural del proyecto, del otro se trataba de que 150 personas recibieran, durante sesenta y siete días, un salario diario de 1.175 pesetas, incrementado en otras 400 cuando se actuase fuera de Barcelona. Tan elevado censo se distribuía en los repartos y colectivos de dirección de las cuatro producciones de la Asamblea —"Roses roges per mi", de Sean O'Casey; "El bon Samarità, cantar amunt, cantar avall, pensava que el cel guanyava i Deu sen n'aprofitava", de J. Josep Abellán; "Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga", de José María Rodríguez Méndez, y "Faixes, turbants i barretines", un collage de Xavier Fàbregas— y entre quienes se encargaban de cubrir los diversos servicios: bar, taquillas, transporte, publi-



Graderíos del teatro romano (Barcelona).

cidad, administración, etc. El problema era tan difícil —pensando, sobre todo, en el valor político del éxito o del fracaso y en la necesidad de mantener una coherencia global y una madurez de principio a fin— que incluso muchos aconsejaron a la Asamblea que renunciara al proyecto para evitar que los previsibles fallos se volvieran en contra de cuanto ella —más allá de sí misma— representaba.

El presupuesto era de veinticuatro millones y medio de pesetas. Y, a pocos días del final, la Comisión Gestora —elegida democráticamente para coordinar la autogestión de la Asamblea— calculaba que el déficit no sobrepasaría el millón de pesetas, y eso porque tanto el número de abonos como el de representaciones en barrios y ciudades vecinas no alcanzó la cifra prevista. Cuando yo hablé con varios de la Comisión (Lucena, Lopereña y Nadal), los actores llevaban tres semanas sin cobrar, debido a que, por papeleo administrativo, el Ayuntamiento no había pagado un millón de la subvención prometida ni la Diputación, lo que implica que la deuda y el crédito de la Asamblea eran aproximadamente iguales. Añadamos que, en lo que se refiere a espectáculos estrictamente dramáticos —puesto que la temporada ha incluido numerosos recitales de canción—, han colaborado "Tirant lo blanc", en la adaptación de María Aurelia Capmany; "Plou i fa sol", de Els Comediants; "La pau", de Aristófanos, en la versión de Rodolf Sirera, por el Grup de Teatre del Casal, de Mataró, y "Divinas Palabras", de Valle, por la Com-

pañía de Nuria Espert. Colaboración de actores y empresas que ha implicado, por parte de los primeros, el mismo salario —por función— que la Asamblea asignó a sus miembros, y, por parte de los segundos, la renuncia a cualquier beneficio. Un espectáculo francés, "Les troubadours", dirigido por Pierre Constant, se sumó también a la lista sin otra exigencia que un porcentaje.

Comentar los espectáculos, referirnos al Ciclo Reducido de Gracia o nombrar los casi cien lugares en que la Asamblea presentó algunos de los citados trabajos no es el objeto de estas líneas. Aquí se trata de dar testimonio de que la temporada autogestionada ha conseguido salir adelante, y de celebrarlo como se merece, a la vez que hacer hincapié en los siguientes puntos:

1.º Que es necesario que se hayan producido numerosos errores tanto en lo estrictamente artístico —presentando los trabajos en espacios y condiciones no siempre adecuados— como en lo organizativo. Se trata de una experiencia que no debe juzgarse aisladamente, sino como arranque de un proceso, en el que será forzoso equivocarse y aprender seriamente. Y que aclarará quiénes son capaces de asumirlo y quiénes se han sumado a él con ocasional entusiasmo.

2.º Que es seguro que existirán también errores de carácter puramente administrativo o económico. Fugas de dinero que sólo la práctica de productor enseña a evitarlas.

3.º Que más de uno se ha-

brá acogido a las subvenciones como razón sustancial del plan, sin afrontar la responsabilidad del concepto de la autogestión y viendo en la Comisión Gestora a una especie de empresa. Con lo que se incurre en una contradicción, puesto que la autogestión de la temporada presupone la utilización de la subvención —nueve millones y medio, de los cuales cinco son del Ministerio— para establecer una política global y continuada.

4.º Que esta contradicción no la padece, a juzgar por sus declaraciones escritas y por lo que me dijeron algunos de sus miembros, la Comisión Gestora y Ejecutiva. Así, en la presentación del programa puede leerse: "Debemos puntualizar que esta temporada y la subvención no han sido asumidas como una victoria de la profesión... Por el contrario, la temporada ha sido asumida como un instrumento que habrá de permitirnos presionar aún más por el Teatro Municipal de Barcelona, por un Teatro de Cataluña y por una Ley de Teatro autónoma, y así potenciar lo que de entrada hemos considerado imprescindible para consolidar nuestros objetivos: la movilización de la población en torno a nuestra alternativa y la existencia de un teatro popular al servicio de sus intereses".

Palabras quizá vagas durante años pero que, desde el contexto de la temporada que comentamos y de nuestra realidad política, comienzan a ser concretas. Y a plantear a todos los hombres de teatro —en este caso a los de Cataluña— nuevas, serias y desahogadas responsabilidades.

■ JOSE MONLEON.